

Formoso



José
Marín
Cañas

No ha sido por economía que al titular este trabajo, ahorramos escribir el nombre completo, como corresponde pues lo tiene, lo conocemos y su caligrafía no se nos dificulta. Pero para evocar, sin pérdida de tiempo, sin titubeos, y yendo de una vez al grano, la palabra usada nos satisface más, porque para los que fuimos jóvenes, empleados de periódico, tecleadores de máquinas de escribir sin el rigor que después han exigido las escuelas de mecanografía, la personalidad de la cual vamos a hablar se nos concreta más gráfica, más humanamente en el magín, si escribimos sólo como le conocimos, le llamamos y le seguiremos llamando. He visto que en el transcurrir de los años, amén de ponerse el pelo cano, le han agregado a su verdadero y auténtico apelativo, un don que deja la impresión de que estamos haciéndonos viejos. Esto es malo, porque en aquellos tiempos a los que me refiero, las cosas eran distintas. Entonces, morían los viejos; ahora, los que se están muriendo, somos nosotros. ¡El mundo cambia tanto!

Leyendo la información de que al antiguo compañero le habían dado un premio, tropecé en dos o tres oportunidades con el susodicho "don Manuel", y la verdad es que creía que al fin y al cabo, el premio se lo habían dado a otro. Tuve que hacer un esfuerzo para unir las dos palabras y comprender que se referían a la misma persona, pero en diferencia de tiempo y de espacio. La que hablaba en la nota era la generación actual, y no la nuestra.

Conozco a Formoso desde que arribó al país. Y el arribo, lo hizo como aterrizan las avionetas: tocando tierra y levantándose otra vez, hasta que les da la gana de no hacerlo más. Si

mal no recuerdo, venía de una república del sur, a la que llegó procedente de Francia. A Francia lo condujo el destino, desde el reino de Aragón, y acercándonos al tuétano, desde Zaragoza, la tierra de la Piarica, que es, como ustedes saben, una virgen que no quiere ser francesa, —que quiere ser capitana de la tropa aragonesa.

El último toque de tierra, (podríamos decir, usando la forma moderna, "toma de tierra", porque ahora se hace "toma de conciencia") lo vino a dejar en esta bendita tierra, de la que ya no salió sino cuando los años le dieron la ocasión de ir a rezar un padre nuestro en La Seo, —que está a orillas del Ebro.

No se ha podido saber si había sido periodista en alguna parte de su azarosa y aventurera vida, pero el caso es que si no lo fue, como si lo hubiese sido, porque era politiquero como un criollo, manejaba la máquina con una técnica que se apartaba de las más puras reglas del arte, pero con tal velocidad que no lo aventajaba ninguna gallina picando maíz.

Cuando, temeroso y encogido, me senté en la máquina que se me asignó, comprendí que había tenido la mala fortuna de verme enfrentado con dos genuinos concedores del oficio: Bonilla y Formoso. Dominaba, entonces, la dirección del periódico, un hombre alto, enérgico, regañón y violento, que lo mismo nos pegaba una gritada que nos convidaba a almorzar un "chopsuey", tras del que nos rechupábamos los dedos. Bien pronto la camaradería nos hermanó para la larga caminata de atravesar la vida.

Trabajamos cerca y lejos. Al unisono, o en tesis contrarias: Defendimos causas opuestas y nos encontramos después en el mismo arranque de la bifurcación que separó los caminos. Hubo momentos mejores y peores, largos y lentos, angustiosos y amargos, igual para uno que para el otro. Todos aquellos compañeros de la época, quedamos ligados por un viejo y romántico recuerdo; fueron los años juveniles, las esperanzas fallidas, los fracasos registrados, los golpes esquivados, los apuros vencidos, en una Costa Rica en la que el quintal de café valía ocho dólares.

Cada vez que nos encontramos hemos de hacer algún re-

uerdo, como las viejas rememoran al galán de su época, que está ahora hecho una verdadera calamidad. En el fondo, recordamos la vida de jóvenes, porque quizás de ella estábamos todos enamorados perdidos, y nos da pena ver cómo se ha puesto la pobre.

Dentro del quehacer periodístico, logró bien pronto destacarse con una zigzagueante habilidad para meterse, cuando grande era, por el ojo de una cerradura. Y así, consiguió ser "íntimo" de grandes figuras políticas, que encontraban en él al amigo ducho, experimentado y vivo, para manejar aquella eterna polémica entre el funcionario y el régimen de opinión que imperaba. Pasó por todos los puestos del escalafón periodístico, y lo mismo subió al Palacio que conoció al que pesca en ruín barca. Anduvo metido en arreglos de huelgas, en entrevistas de políticos, en candidaturas fragorosas. Encajado dentro de nuestra modalidad social, realizaba el perfecto hombre de prensa que se entera de todo y que sabe lo que va a pasar, antes que se entere el ministro. Su nombre, llegó a ser la corporización del oficio. Los años le blanquearon la cabeza, pero no le han tocado el espíritu, que se mantiene emprendedor y joven, a pesar de que pronto va a comenzar el segundo siglo.

¡Buena faena la de adjudicarle el premio! Si alguien merece un homenaje, tras una vida entregada totalmente al cultivo de la batalla diaria, es Formoso, cronista parlamentario, columnista, informador, comentarista de asuntos nacionales, reporteador insigne, gimnasta del humor negro, de la frase feliz en los mentidores y corrillos de las augustas instituciones patrias,— director de periódico y hoy subdirector de LA NACION.

No todo ha de ser calamidad en la hora del declive para aquella generación de periodistas baratos que se inició allá por la década del 20-30. La vida reserva sus sorpresas, agradables y mansas, silenciosas y reconfortantes a veces. Pero nada de esto tendría un verdadero valor humano, si no acudiéramos los viejos compañeros de aquellas horas heroicas, a celebrar todos juntos la victoria conseguida.

¡Vamos, pues, a brindar por "don Manuel"!